

Recuerdos
de mi niñez
en la ciudad
de Paraná
1877-1889



Moisés G.
Velasco

RECUERDOS DE MI NIÑEZ
EN LA CIUDAD DE PARANÁ

1877-1889



Moisés G. Velasco

»» EDUNER ««

VELASCO, MOISÉS G. (circa 1873-1940)

Recuerdos de mi niñez en la ciudad de Paraná : 1877-1889 / Moisés G. Velasco ;
1.ª ed.

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2018

160 pp. ; 23 x 16 cm

(Cuadernos de las Orillas; 15)

ISBN: 978-950-698-429-8

I. Memoria Autobiográfica. I. Rosa, Claudia, prólogo.

II. Mondejar, Guillermo, coordinación. III. Chausovsky, Alexis, notas.

CDD 920.71

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

Presentación

Claudia Rosa

Notas

Alexis Chausovsky

Coordinación

Guillermo Mondejar

Equipo editorial

Manuel Siri

Paola Calabretta

Manuela Acuña

© EDUNER, 2018

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Andrés Pazos 406 (E3100FHJ), Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar

www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

7 *Presentación.* Claudia Rosa

RECUERDOS DE MI NIÑEZ
EN LA CIUDAD DE PARANÁ
1877-1889

13	Prólogo
15	I. Sociales
25	II. Históricos
35	III. Supersticiosos
41	IV. Religiosos
51	V. Inolvidables
57	VI. Curanderiles
65	VII. Escolares
79	VIII. Paternales
85	IX. Hogareños
97	X. Sobre mis camaradas
103	XI. Placenteros
129	XII. Culinarios
135	XIII. Musicales
141	XIV. Personales
149	<i>Notas</i>

PRÓLOGO

Llegado al ocaso de la vida, y antes de que me abandone la memoria y digan que mi trabajo es el fruto de chocheos de viejo, lanzo, en forma narrativa, mis recuerdos sobre todo lo que he visto y oído desde los cuatro hasta los quince años de edad en la ciudad de Paraná, cuna de mi nacimiento.

EL AUTOR

XIV. PERSONALES

A los cuatro años de edad me di cuenta de mi personalidad al disgustarme porque Pepa Lassaga, hermana de Manuela y Marta, huéspedes en mi casa, me llamó «cachafaz» sin motivo alguno, y cuando mi padrino Isasa me llamó «pico de perro» en contraposición al de «pico de oro» y «pico de plata», como les llamaba a mis dos hermanos de esa época. Desde aquel momento empezaron mis meditaciones sobre todo lo que me rodeaba, sobre los acontecimientos del día y sobre los relatos que oía. Con la cabeza calenturienta me acostaba pensando cómo podían estar en el aire Dios, la virgen y los santos sin caerse; qué trabajo no le habría dado a Dios acumular todo el material necesario para hacer montañas, mares, plantas, cómo haría para manejar sin máquinas tantos elementos y de dónde los habría sacado; cómo era posible hacer al hombre de barro y darle vida con un soplido; cómo era posible que lloviendo cuarenta días el agua había subido a tanta altura (diluvio universal), cuando el agua de las lluvias corre siempre a los lugares más bajos; cómo haría Noé para encerrar en el arca un casal de todos los animales de aire, tierra y mares, y qué dimensiones colosales no tendría esa casa de madera. En mis meditaciones consideré una injusticia divina condenar a la oscuridad eterna (limbo de los niños) a las criaturas que no habían recibido el bautismo; el hacer pagar a todas las generaciones la desobediencia de nuestros padres Adán y Eva; el permitir que nos tienta el demonio en todas

formas para luego condenarnos al fuego eterno; el sustraer a la sociedad a miles de personas de ambos sexos que podrían ser útiles, para dedicarles a la contemplación de sus virtudes (me entristeció la noticia del ingreso a la vida monacal de la interesante niña Élide Otaño).

A los nueve años era un muchacho incrédulo: no creía que el alma que era un espíritu pudiera quemarse; que los sacerdotes fueran los representantes de Dios en la tierra (mi padre abofeteó a uno y no se le cayó la mano); que nuestros rezos llegaran al cielo; que la fe en un santo curara una enfermedad; que un escapulario nos evitara muchas desgracias; que los bustos de madera de las iglesias tuvieran alma (se dijo que la virgen del Rosario en un tiempo de sequía abandonó el camarín para hacer llover y volvió con el manto embarrado).

A pesar de mi poco entendimiento, encontré estas contradicciones: una, entre el mandato de la Iglesia de «creer lo que no vimos» y la sentencia de Santo Tomás «ver para creer»; otra, entre el altruista mandato divino «dar de comer al hambriento y de beber al sediento» y el egoísta mandato del Sumo Pontífice ordenando negar el pan y el agua al excomulgado por él; y otra, entre la negativa del sacerdote de administrar el casamiento entre parientes cercanos sino mediante la dispensa obtenida con dinero y el permiso dado por Dios para que el viejo Lot pudiera casarse con sus propias hijas para que no se perdiera la descendencia.

En mis relaciones con las personas que había en mi casa, salía casi siempre mal parado. Para cada acción había, en aquella época, un calificativo gráfico que solían aplicármelo, algunas veces, sin que protestara, de los cuales recuerdo algunos: «galuto», cuando me apresuraba a ingerir alimentos; «satisfecho», cuando sin esperar a que me sirvieran me apoderaba de la mejor presa durante las comidas; «novelero», porque traía noticias de la calle;

«macaniador», porque a las noticias les agregaba alguna imagen o digresión de mi cosecha; «metido», porque me gustaba intervenir en la conversación entre personas mayores; «despechugado» y «descuajeringado», porque me apresuraba a salir con las ropas desarregladas; «voluntarioso», porque muchas veces resolvía mis asuntos sin previa consulta, como cuando fui al Espinillo sin la venia paternal y cuando me retiré de la escuela porque el profesor Arias me llamó «la piedra de escándalo» en plena clase.

Por temor a los calificativos, muchas veces esperaba a que me preguntaran: ¿qué hay de nuevo? Entonces empezaba diciendo, por ejemplo: estuve en casa de doña Severina, madre de José Giani, y me mostró la hornalla de hacer jabón, donde se le cayó un hijo en el sebo hirviendo, y me invitó con leche recién ordeñada y unos bizcochos riquísimos; hoy cuando fui a visitar a Cirilo Pinto me mostró la cabeza disecada de un inglés que pertenecía al doctor; ayer por la mañana en el barrio de los Calderón (Ramón, Pedro, Manuel, Fortunato, Nicasio) encontré llorando a moco tendido al hijo del escobero Lapeyrade porque Luis Calderón (el Tuerto) lo tuvo atado a un árbol; acabo de probar el vino blanco que hace la madre de Demetrio Méndez y es mejor que el de don Miguel Raggio (dice que en una bañadera se pone un cajón de pasas, una arroba de azúcar, veinte cuartas de agua, cinco cuartas de aguardiente, tres puñados de flores de sauco y una botella de tamarindo y ya está); le pregunté hoy a Bernardo Peyret cómo hacían sus tías esos fritos tan sabrosos y me dijo que eran hechos con masa de pan francés; acabo de encontrar a Telmo González, hijo de don Damo, que llevaba a un primo suyo mordido por un perro rabioso a casa del saludador don Manuel Mantero para que curara; ese empleado de la sombrerería de Maciá que mataron anoche en el Recreo era hermano de Juan Arce (el paraguayo), empleado en el Correo; los sábalos que trae

el hermano de Juanillo son más sabrosos que los que se venden en el Mercado porque dice que son de la correntada y no de los fijados en los barriales.

Era «metido» porque una vez me presenté en casa del buen señor, el doctor Leónidas Echagüe,¹⁰⁷ durante una de sus enfermedades, y haciéndome pasar y llamándome hijo se puso a conversar conmigo; recuerdo que aludiendo a la batalla de Pavón se expresó diciendo que había orden de retirarse del campo sin luchar, y que el único batallón que hizo frente para no dejarse matar como perros fue el de don Pascual Echagüe; otra vez visité al provisor don Pantaleón Galloso, quien me habló de una ciencia nueva (para mí, desconocida) de la cual no entendía una palabra, «la pesicología» (pronunciaba así), pidiéndome que le enviara a mi hermano menor para que le ayudara a sacar copias; también me contó que uno de los disgustos mayores sufridos en su vida fue cuando el doctor Martín Ruiz Moreno (Martín Guerra),¹⁰⁸ siendo jefe político en Rosario, le tuvo prisionero durante veinticuatro horas; y otra vez que visité a mi vecino el profesor Milicua, que padecía de una larga enfermedad, nunca había oído a persona expresarse con tanta claridad y corrección, recuerdo que mientras me contaba que sin necesidad de abogado se defendía en un pleito de reivindicación de unos terrenos en Bajada Grande, entró un muchachón con un papel que le enviaba el profesor de Química de la Escuela Normal, don Antonio Lauría (Macota),¹⁰⁹ y desdoblándolo exclamó: «Pero si este es el análisis de orines sanos que está en todas las químicas, dígame a don Antonio que me traiga los reactivos que yo le voy a enseñar a hacer análisis», aventurándome a pedirle opinión sobre un pleito que tenía mi padre sobre una promesa de venta y que su abogado, el doctor Carlos Elía, le aseguraba que ganaría, me contestó: «Es asunto perdido por más Elía que sea».